

# Prólogo

No hay época del año en que reciba más invitaciones que en Halloween. Invitaciones para ir a campus universitarios y hablar sobre la historia de la literatura de terror; o para contribuir con una lista de mis diez películas de miedo favoritas a alguna revista; o para improvisar una historia de miedo en un programa de entrevistas nocturno de la televisión. Al principio de mi carrera como escritor publicado (que comenzó en 1984 con el libro que ahora tienes en tus manos) acepté un buen número de esas ofertas, encantado de tener una plataforma desde la que promocionar mi trabajo. Pero en los últimos años, conforme mis libros se han ido alejando de las historias implacablemente crudas y violentas con las que conseguí cierta atención, he empezado a declinar casi todas ellas. Me siento incómodo cuando me ven como el “tío terrorífico”, invitado a salir de su retiro en la época de las calabazas y las historias de campamento para hablar del Lado Oscuro, mientras que las pasiones que alimentan mi trabajo actual pasan inadvertidas. He llegado a evitar las típicas juergas de Halloween (las fiestas y los desfiles) por el malestar que me produce todo el asunto.

Sin embargo, el año pasado rompí la regla. Mi amante, David Armstrong, logró convencerme de que una visita al

desfile de Halloween aquí en Los Ángeles (que últimamente se ha convertido en todo un acontecimiento) sería el antídoto perfecto para los momentos difíciles por los que estaba pasando con mi actual novela. Solo tenía que soltar el bolígrafo, tomarme un vaso de vodka y unirme a él, me dijo. Acepté, siempre que no insistiera en que me disfrazara. Iría estrictamente como *voyeur*. Él contestó que le parecía bien y que su disfraz sería lo bastante elaborado para los dos.

No lo dijo por presumir. Comenzó su transformación a media tarde. Le llevó seis horas. Cuando hubo terminado, estaba irreconocible. Había reconfigurado su cara de forma que parecía una gárgola de aspecto depredador, con cuernos y echando babas aun más negras que la piel que el Señor le había dado. Por encima de la hendidura de su trasero colgaba una cola que para sí hubiese querido un semental.

No se me ocurrió hasta más tarde, cuando empecé a tomar notas para esta introducción, que parecía sacado de una de las historias de esta antología: una amalgama de exceso sexual y elegancia demoníaca, que lo mismo podía follarte que arrancarte el corazón.

A las diez y media bajamos por el Boulevard. Hacía un frío cortante, pero una vez nos encontramos entre la multitud la simple acumulación de cuerpos calentó el aire. Decenas de miles de personas abarrotaban la calle, un buen número de ellas con disfraces muy elaborados. Había muñecas Barbie con sus Kens andando como patos dentro de cajas chillonas; había *drag queens* con todo tipo de trajes, desde Reina de la Promoción hasta la Viuda de Beverly Hills; había asesinos del hacha típicamente americanos, con cuerpos brillantes llenos de esteroides asomando bajo los jirones sanguinolentos de las camisetas; había una pequeña brigada de soldados confederados, armados y orgullosos; había suficientes alienígenas de piel y trajes plateados como para llenar toda una flota de platillos volantes. Y, junto a ellos, había otros muchos que solo se habían comprado una careta para la noche y acechaban por las calles disfrazados de sus hombres del saco favoritos. Monstruos de Frankenstein (y sus Novias), Freddy Kruegers, Candymans con manos de garfio, hasta un par de Pinheads.

También había demonios, pero nada comparable al transformado David, a quien llamaban constantemente para que interpretara algún tipo de escena para un fotógrafo: amenazando a una Lolita rubia, dándole latigazos a un *punki* tatuado con collar y correa, embelesado por una manada de chicos disfrazados de campesinas. Pero lo curioso fue que al observar cómo los ojos de la gente se clavaban en mi monstruoso acompañante (la mezcla de placer y repugnancia), comencé a recordar lo que me convirtió en escritor de terror hacía ya tantos años. Me divertía provocar ese complicado conjunto de respuestas: saber que las palabras que ponía sobre la página harían que la gente se parara en seco, como la extraña belleza de mi amante estaba logrando en aquellos momentos; que se preguntaran, quizá, si la línea que separa lo que les da miedo de lo que les da placer no es mucho más delgada de lo que se imaginan.

Una historia corta es como una cápsula del tiempo. Graba, de una forma que no resulta fácil de comprender hasta que ha transcurrido un periodo de tiempo considerable, detalles muy específicos de como transcurría la vida del autor cuando se escribieron esas palabras. No es del todo así en una novela; al menos en el tipo de novelas que yo escribo, que tienden a ser épicas y me llevan un año. El primer borrador de una historia corta puede terminarse en solo un par de días; puro e intenso. Una novela larga, por el contrario, es una especie de compendio: puede que incluso esté construida para aprovechar contradicciones y ambigüedades.

Así que ahora miro esas historias y, casi como si se tratara de una foto tomada en una fiesta, encuentro todo tipo de señales e indicios de quién era yo. ¿Era? Sí, era. Miro esas historias y no creo que el hombre que las escribió siga vivo dentro de mí. Cuando el año pasado escribí la introducción a la edición del décimo aniversario de *Sortilegio*, comenté algo muy parecido: el hombre que escribió ese libro ya no sigue por aquí. Ha muerto dentro de mí, está enterrado dentro de mí. Somos nuestros propios cementerios; nos instalamos entre las tumbas de las personas que éramos. Si estamos sanos, cada día es una

celebración, un Día de Difuntos en el que damos gracias por las vidas vividas; si estamos neuróticos, nos lamentamos, nos obsesionamos y deseamos que el pasado todavía fuera presente.

Al leer de nuevo estos relatos, siento un poco de las dos cosas. Parte de la simple energía que hizo que esas historias fluyeran por mi bolígrafo (que hacía que las frases fueran oportunas y las ideas cantaran) ha desaparecido. Perdí a su creador hace mucho tiempo. A él le gustaban las películas de miedo más que a mí; él tenía esperanzas de triunfar en Hollywood; era en general más alegre, menos inseguro, menos inclinado hacia lo negativo. Me veía como el director de una feria de los horrores, golpeando el tambor para convocar a una audiencia que mirara boquiabierta mi colección de monstruos y fetos embotellados.

Esa parte de mi naturaleza se ha templado bastante últimamente. Grité y aporreé los tambores todo cuanto quise, perpetré mi catálogo de excesos y, finalmente, supongo que me cansé un poco del espectáculo.

Ahora, catorce años después, resulta extraño volver a visitar el carnaval. Al analizarlo en retrospectiva me doy cuenta de la suerte que tuve. Aparecí con esos cuentos en un momento en el que la industria editorial todavía corría riesgos con escritores en ciernes e historias cortas. Hoy en día sería prácticamente imposible que un autor desconocido publicara una colección como esta, especialmente porque las historias cortas tienen un número de lectores mucho menor que las novelas; en Barbara Boote, mi primera editora, encontré a alguien lo bastante valiente como para arriesgarse con un material que hacía que otros editores se pusieran enfermos. Y tuve la gran fortuna de hacer una película, el primer *Hellraiser*, poco después de la publicación. Su éxito llevó a muchas personas hasta mis historias, a muchos más lectores de los que hubiera tenido de otra manera.

Al mirar atrás lo veo como una época embriagadora. Muchas de las cosas que había esperado, con las que había soñado, se hicieron realidad en un corto periodo de tiempo. Se publicaron los libros y obtuvieron cierto favor de la crítica; un monstruo que yo había creado observaba a los espectadores

desde las pantallas de los cines de todo el mundo; la gente quería mi autógrafo y mis opiniones.

Ya todo parece muy remoto. Todavía puedo revivir algunas sensaciones si escucho cierta pieza musical, o si encuentro un pasaje en una de las historias que puedo recordar haber escrito. Al leer **El tren nocturno de la carne** recuerdo mi primer viaje solo en el metro de Nueva York: llegar por error al final de la línea, una estación oscura y vacía. Al leer **Los nuevos crímenes de la calle Morgue**, mi homenaje al mejor escritor de terror del mundo, Edgar Allan Poe, recuerdo un París cubierto por la nieve en el que mi difunto y gran amigo Bill Henry y yo quedamos aislados en una ciudad silenciosa en la que no se movía ni un solo coche. Al leer **Hijo del celuloide** recuerdo el ruinoso cineclub de mi Liverpool natal, en el que vi tantas de las películas que alimentaron mi imaginación juvenil. *Les yeux sans visage*, de Franju, la extraordinaria *Onibaba*, la exuberante *Kwaidan*; los trabajos visionarios de Pasolini y los delirios de Fellini. Al leer **Terror** puedo incluso rememorar a las personas de mis años universitarios que inspiraron los personajes de la página (diría que es una dudosa forma de homenaje, pero dejaron su huella en mí).

No sé si estas historias sobrevivirán al paso del tiempo; dudo que ningún autor pueda saberlo con total certeza. Pero están escritas, grabadas en piedra, para bien o para mal, y aunque pueda desear haber pulido más cierta frase o haber eliminado cierta otra, siguen gustándome. Eso es lo mejor que uno puede esperar, creo: que el trabajo que realices te guste, tanto al hacerlo como al revisarlo después.

Una cosa es cierta, que el apetito del público por las historias grotescas y terroríficas (visitas fantasmales y posesiones demoníacas, horribles actos de venganza y asquerosas monstruosidades) sigue tan vivo como siempre. Las personas escondidas tras las máscaras en el Boulevard de Santa Mónica el pasado octubre no eran perversos ni demonios; en su mayor parte se trataba de tipos normales que aprovechaban la oportunidad para expresar un apetito que nuestra cultura nos obliga a suprimir casi todo el tiempo (una represión que

aplauzo con perversidad, por cierto; el apetito se vuelve más poderoso si se mantiene encerrado bajo llave). Pero, de vez en cuando, necesitamos tocar la oscuridad de nuestra alma; es una forma de conectar con nuestro yo original, el yo que probablemente existía antes de que pudiéramos formar palabras, que sabe que el mundo contiene una gran luz y una gran oscuridad, y que una cosa no puede existir sin la otra.

En los viajes por los que me ha llevado mi ficción desde que escribí estas historias he sentido más necesidad que nunca de explorar imágenes de redención en vez de imágenes de perdición. En *Sortilegio*, en *Imajica*, en *Sacrament* y *Galilee*, hasta en mi libro para niños *El ladrón de días*, las imágenes de dolor y muerte quedan eclipsadas por la luz y la santidad, las figuras que representan al mal son destronadas.

No ocurre lo mismo en las historias que siguen a estos comentarios. Aquí los monstruos triunfan, a veces transforman a aquellos que tocan de formas que pueden considerarse indirectamente optimistas, pero siempre sobreviven para seguir haciendo daño al día siguiente. Si por casualidad el mal es vencido, en la mayoría de los casos será para arrastrar en su caída a testigos y víctimas.

No creo que ninguna historia sea más cierta que otra; la sabiduría de estas obras de ficción (quizá de todas las obras de ficción) reside en el efecto que producen en la imaginación de cada lector. Así que no creo que resulte útil juzgar el significado moral, intentar sonsacar las lecciones que estas narrativas parecen enseñar. Aunque a veces use la terminología del púlpito, estas historias no son sermones ni para una Misa Blanca ni para una Misa Negra. Son pequeños viajes; pequeños *desfiles*, si os parece mejor, que se alejan de las calles familiares y se adentran en un territorio cada vez más oscuro hasta que, en algún lugar muy lejos de todo lo que conocemos, nos encontramos en compañía extraña, extraña a nosotros.

Clive Barker  
Los Ángeles, mayo 1998

# Agradecimientos

Debo dar las gracias a mucha gente. A mi tutor de lengua en Liverpool, Norman Russell, por darme los primeros ánimos; a Pete Atkins, Julie Blake, Doug Bradley y Oliver Parker por darme los suyos bastante más adelante; a James Burr y Kathy Yorke por sus buenos consejos; a Bill Henry, por su ojo experto; a Ramsey Campbell por su generosidad y entusiasmo; a Mary Roscoe por la concienzuda traducción de mis jeroglíficos y a Marie-Noëlle Dada por lo mismo; a Vernon Conway y Bryn Newton por su Fe, Esperanza y Caridad; y a Nann du Sautoy y Barbara Boote de Sphere Books.

# Introducción

por Ramsey Campbell

“La criatura lo había agarrado del labio para arrancar el músculo del hueso como si estuviera quitándole un pasamontañas”.

¿Todavía seguís conmigo?

Aquí tenéis otra muestra de lo que podéis esperar de Clive Barker: “Cada hombre, mujer y niño de aquella torre hirviente estaba ciego. Solo veían a través de los ojos de la ciudad. No podían pensar, solo tenían los pensamientos de la ciudad. Y se creían inmortales, con una fuerza torpe e implacable. Inmensos, locos e inmortales”.

Está claro que Barker es un visionario tan poderoso como horripilante. Una cita más sacada de otra historia diferente:

“¿Qué sería de una resurrección sin unas cuantas risas?”.

He incluido estas citas a propósito, como una advertencia para los débiles de corazón. Si os gusta que vuestra literatura de terror os reconforte, que sea lo bastante irreal como para no tomarla demasiado en serio y lo bastante familiar como para no correr el peligro de que se os desgare la imaginación o de que os despierten las pesadillas cuando pensabais que esta-

bais a salvo en la cama, estos libros no son para vosotros. Si, por el contrario, estáis hartos de historias que os arropan en la camita y se aseguran de dejar la luz encendida antes de marcharse, por no mencionar el desfile de Buenas Historias Bien Contadas, que no tienen más que ofrecer que préstamos sacados de mejores escritores de los que los compradores de *best-sellers* no han oído hablar nunca, puede que disfrutéis tanto como yo al descubrir que Clive Barker es el escritor de libros de terror más original que haya aparecido en años y, en el mejor sentido, el escritor más profundamente espantoso de los que trabajan actualmente en este campo.

Se suele asumir que la historia de miedo es reaccionaria. Sin lugar a dudas, algunos de sus mejores exponentes lo han sido, pero la tendencia también ha producido un buen montón de tonterías irresponsables, y no hay razón alguna para que todo el género deba mirar hacia atrás. Cuando se trata de imaginación, las únicas reglas deberían ser los propios instintos... y los de Clive Barker nunca vacilan. Decir (como hacen algunos escritores de terror, a mi parecer a la defensiva) que lo que la ficción de terror pretende es, esencialmente, recordarnos lo que es normal, aunque lo haga mostrándonos lo sobrenatural y extraño como anormal, no dista mucho de decir (como bastantes editores parecen pensar) que la ficción de terror *tiene* que tratar sobre gente normal que se enfrenta a lo extraño. Gracias a Dios, nadie convenció a Poe de eso y, gracias a Dios, existen escritores tan radicales como Clive Barker.

Y no es que Barker esté necesariamente en contra de los temas tradicionales, pero cuando él los utiliza regresan transformados. **Sexo, muerte y luz de estrellas** es la historia definitiva de teatros encantados, **Restos humanos** es una variación brillante y original del tema del *doppelgänger*; pero ambas historias llevan aun más lejos estos temas familiares hasta alcanzar conclusiones llenas de humor negro y un extraño optimismo. Lo mismo puede decirse de **Los nuevos crímenes de la calle Morgue**, una comedia de lo macabro desalenta-doramente optimista, pero ya dentro del territorio

más provocador de la radical franqueza sexual de Barker. Lo que dicen precisamente este y otros cuentos sobre las posibilidades, lo dejo a vuestro juicio. Ya os he advertido que estos libros no son para los débiles de corazón o imaginación, y es bueno tener esto en mente cuando se hace frente a cuentos como **El tren nocturno de la carne**, una historia de miedo en *technicolor* con sus raíces en las películas de terror más explícito, pero más ingeniosa y más gráfica que cualquiera de ellas. **Cabezas de turco**, su historia de terror isleño, llega a usar ese elemento esencial de las películas de miedo dobladas que era el zombi submarino. **Hijo del celuloide** va directo a un tabú biológico con una franqueza digna de las películas de David Cronenberg, pero hay que señalar que la verdadera fuerza de esta historia radica en el flujo de su inventiva. Lo mismo ocurre con historias como **En las colinas, las ciudades** (que pone en tela de juicio la idea, defendida por muchos escritores de terror, de que no existen las historias de miedo originales) y **Las pieles de los padres**. La fertilidad de su inventiva recuerda a los grandes pintores fantásticos y, de hecho, no se me ocurre ningún otro escritor contemporáneo cuyas obras reclamen con tanto énfasis que alguien las ilustre. Y aún hay más: la terrorífica **El blues de la sangre de cerdo; Terror**, que camina por la inestable cuerda floja entre la claridad y el *voyeurismo* a la que se arriesga cualquier tratamiento del sadismo; hay más, pero creo que casi ha llegado la hora de que me aparte de vuestro camino.

Aquí tenéis casi un cuarto de millón de palabras suyas, su selección de las mejores historias cortas nacidas de dieciocho meses de trabajo, escritas por las noches mientras que por el día se dedicaba a escribir obras de teatro (de las que, por cierto, se vendieron todas las localidades). Me parece una actuación asombrosa y el debut más emocionante de la literatura de terror en muchos años.

Merseyside, 5 de mayo de 1983